

Así, distribuyó á cada ciudadano 7 arpentas. Para sí mismo no quiso otra recompensa.

Los sabinos tuvieron el derecho de ciudadanía sin sufragio, pero Reate, Nursia y acaso Amiterno quedaron simples prefecturas. Castro y Adria en el Adriático fueron colonizadas. Curio triunfó dos veces en el mismo año. Este honor hasta entonces sin ejemplo y el respeto que envolvía su nombre anuncian grandes servicios. La verdadera guerra del Samnio estaba acabada.

Por otras razones merecía Curio muy bien triunfar dos veces, porque había vencido á la naturaleza como á los samnitas. Desvió el Velino en el Nera y creó la magnífica cascada de Terni. Vencedores y vencidos no son ya, después de veintitres siglos, más que polvo, pero el maravilloso espectáculo que aquel hombre se diera dura todavía.

¿Podía haberse evitado esta guerra del Samnio que hizo tantas ruinas? Hay algo del ave de presa y de la fiera aun en muchos hombres civilizados: con mayor razón estaban desarrollados estos instintos de rapacidad y carnicería en un tiempo en que la humanidad estaba más cerca de su origen. Los hombres de la llanura y de la montaña, los labriegos y los pastores eran necesariamente enemigos, y en todos tiempos los unos hubieron de ceder á la tentación de cosechar las tierras que habían sembrado los otros. Roma, dueña por sí misma de la llanura latina, y por Capua, de la llanura campaniense, quiso contener tales pillajes periódicos y ejercer la policía del Apenino, y con su tenacidad acostumbrada lo consiguió por último: es toda la guerra samnita. Duró cincuenta y tres años (343-290); y los intervalos de paz sólo sirvieron á los dos pueblos para reparar sus armas, para respirar un momento, antes de volver á agarrarse cuerpo á cuerpo.

Así pues, con fatiga (1) pero al mismo tiempo con admiración é involuntario pesar, hemos seguido los incidentes de aquella desesperada lucha y la lenta agonía de un pueblo tan bravo: la audacia, el heroísmo, el amor á la patria, nada faltó á los samnitas, nada, sino la unión que solamente hace fuertes á los pueblos. Para elevarse al glorioso rango de las naciones es preciso muchas veces sacrificar preciosas, pero enervantes libertades. En los mismos campos no olvidaba el samnita la salvaje independencia de sus montañas. En Aquilonia, para obtener la última vez su obediencia, se vieron los jefes obligados á llamar en apoyo de su autoridad los más terribles misterios de la religión. Por eso pereció el Samnio y debió perecer, porque su victoria no hubiera arrancado ni la Italia ni el mundo al caos de que Roma supo arrancarlos.

III. — COALICIÓN DE LOS ETRUSCOS Y DE LOS SENONES. — GUERRA CONTRA LOS LUCANIOS (283-281).

El Lacio, la Campania, la Apulia y el Samnio sufrían la dominación ó la alianza de Roma; pero al Norte una parte de los etruscos era hostil, y los galos habían olvidado muy pronto su derrota del Sentino. Al Sur, bien que el pueblo samnita hubiera depuesto las armas, todavía quedaban algunas bandas, que rechazando toda avenencia con Roma, fueron á buscar refugio á las ásperas montañas de Calabria. Allí se extendían inmensos bosques, donde poco á poco hubo de formarse un nuevo pueblo, que los griegos y los romanos llamaban desdeñosamente esclavos insurrectos, los brucios ó abruzos. Griegos y lucanios veían con espanto acercarse á ellos la dominación romana, sobre todo Taren-

(1) *Quinam sit ille, quem pigrae longinquitatis bellorum scribendo legendoque, quae gerentes non fatigaverunt?*

to, que mostraba creciente despecho ante los triunfos de la bárbara ciudad de las orillas del Tíber. Pero, ¿cómo reunir tantos pueblos para una acción común? Ni Pirro ni el mismo Aníbal lo hubieran conseguido. Sólo Roma hará este milagro, porque en tan grande empresa empleará dos fuerzas: la prudencia y el tiempo.

No hubo más que un momento de peligro serio: Arretium, gracias á los Cilnios, había permanecido fiel á la alianza de Roma, y los etruscos, sostenidos por un ejército de senones, vinieron á cercarla. Las legiones romanas corrieron en socorro de la plaza cercada, pero su jefe, siete tribunos y trece mil soldados quedaron en el campo de batalla y el resto cayeron prisioneros (283). Fué una de las más sangrientas derrotas que hubieran sufrido los romanos, y ella aumentó el espanto que les causaba el solo anuncio de una guerra con los galos. A las quejas que el senado presentó ante el consejo de los senones, su jefe Britomar, cuyo padre pereció en la batalla de Arretium, contestó degollando á los enviados como víctimas expiatorias que ofrecía á los paternos manes.

Si Roma no vengaba este ultraje, era perdida su fortuna. La indignación aumentó sus fuerzas y muy luego reunió dos poderosos ejércitos: con el primero, uno de los cónsules contuvo ó batió á los etruscos; con el segundo, atravesando Dolabela silenciosamente la Sabinia, entró por el Piceno en el territorio senon: allí incendió pueblos, mató hombres, vendió como esclavos niños y mujeres, sin abandonar el país hasta que de él hizo un desierto. Había llevado allí la venganza de Roma, que después de haber exterminado á los hijos de los vencedores, no se avergonzaba ya del rescate que se llevarán del Capitolio. Para impedir que los galos cisalpinos reemplazaran á los senones en aquella soledad, hizo que guardaran el país colonos enviados á Sena, al N. de Ancona, á Castro y á Adria en el Piceno. Como la dominación de los romanos había traspasado el Apenino al S. con la ocupación de Venusia, lo traspasaba también al N. con sus establecimientos en el Adriático, desde donde podía vigilar el valle del Po.

Los boyos (*boii*) cuyo territorio se extendía de Parma á Bolonia, se alarmaron ante el exterminio de un pueblo galo, y con los senones que habían podido sustraerse al filo de la espada romana, entraron en el valle de Arno por los desfiladeros que conducen de la Romanía á Florencia y recorrieron toda la Etruria, llamando á su causa á cuantos enemigos de Roma quedaban allí todavía. Llegado que hubieron cerca de Narnia, no lejos del fangoso pantano que llamaban el lago Vadimon, fueron detenidos por una derrota y una horrible carnicería: dos arroyos de sangre corrieron hasta el Tíber y enrojecieron sus aguas.

El año siguiente pidieron los boyos la paz (282); mas por espacio de dos años se vió el senado obligado á enviar ejércitos á Etruria. La victoria de Coruncanio sobre los vulcientes puso fin á esta guerra que casi había comenzado con Roma. A partir del año 280 el nombre de los etruscos no aparece ya en las actas triunfales.

Desde el día en que Fabio atravesó el bosque Cimino pudieron los augures toscanos predecir á su pueblo que se acercaba la noche de su vida y que aquel siglo décimo en que, según las antiguas profecías, debía perecer su nacionalidad, era llegado. La resignación le fué fácil: sus dioses habían hablado y los romanos no habían hecho más que cumplir el oráculo. ¿Por qué ni para qué resistirse al destino, sobre todo cuando Roma exigía tan poco, la vida era tan dulce y la naturaleza tan fecunda en aquel privilegiado suelo, donde nada faltaba para el placer y la molición? Un antiguo dice de los etruscos: «Renunciando á las virtudes de

que fueron tan celosos sus mayores, pasan la vida los toscanos en los festines ó entregados á vergonzosas sensualidades. Así han perdido la gloriosa fama de sus padres (1).» Podemos pues escribir aquí: *Finis Etruria.*

Durante estas operaciones en el Norte, pasaron rápidamente al Sur las hostilidades: la ciudad griega de Turio había solicitado el auxilio de Roma contra los lucanios, que todos los estíos devastaban sus campos. La primera expedición contra estos merodeadores no dió resultados positivos; pero en 282, se abrió camino Fabricio hasta Turio cuyo cerco hizo levantar y en que dejó algunas tropas. Locres, Crotona, Regio acaso, recibieron también guarniciones romanas. A su vuelta depositó Fabricio en el tesoro 400 ta-

lentos con el resto del botín, hizo grandes liberalidades á los soldados y restituyó á los ciudadanos lo que habían pagado aquel año por el impuesto de guerra: la ambición de los grandes y la avidez de los pobres se mostraron reconocidas.

La paz parecía devuelta á la península, y desde el Rubicón hasta el estrecho de Mesina, todo, menos Tarento, reconocía la majestad del pueblo romano ó solicitaba su alianza; pero la poderosa ciudad de las orillas del Taras, muy orgullosa de su origen espartano, de sus riquezas y de las numerosas naos que poblaban su puerto, el *mare Piccolo*, iba á encender una guerra más peligrosa para Roma que todas las sostenidas de sesenta años atrás.

CAPITULO XVI

GUERRA DE PIRRO (280-272)

I. — ROMPIMIENTO CON TARENTO. — PRIMERAS CAMPAÑAS DE PIRRO EN ITALIA (282-278)

Llegamos al momento en que Roma y Grecia van á encontrarse. La Grecia estaba entonces moribunda, y su fin indicaba que se había cumplido un nuevo período de la humanidad. Dejando al genio individual todo su vuelo, no encadenándolo ni con los lazos del sacerdocio ni con los de una suspicaz aristocracia, la Grecia había creado la libertad política, el arte y la ciencia; pero también del exceso de la libertad había nacido la anarquía social. Los griegos fueron en verdad un gran pueblo á quien debe la Europa su civilización, pero nunca fueron un grande Estado; y he aquí por qué heredaron otros sus trabajos. Roma representa la segunda edad del mundo europeo; es la virilidad después de la juventud, el pueblo de la acción después del pueblo del pensamiento, la ambición después del entusiasmo, la disciplina y el orden después de la libertad y la anarquía. Trazando el ideal de una ciudad griega (2) Platón y Aristóteles apenas admiten algunos millares de ciudadanos y condenan hasta la fecundidad de las mujeres; Roma hace ciudadanos hasta de sus mismos enemigos y prepara á sus súbditos á serlo. Así su prosperidad durará siglos, mientras la de las ciudades griegas había durado algunos años apenas. Esparta sucedió á Atenas, Tebas á Esparta, y la Macedonia á las tres. Después, muerto Alejandro, y con él sus vastos designios, desde el Indo hasta el Adriático un inmenso desorden vino á agitar y conmover su imperio; confusión sin grandeza, caos de que la vida no debía salir. La moralidad se rebaja, las nacionalidades se olvidan; todos combaten contra todos por un poco de oro ó de poder, la

guerra viene á ser un oficio como en Italia, como en Alemania en las épocas más desastrosas de su historia, y algunos soldados mercenarios dan ó quitan las coronas.

Esta decadencia general de la raza griega se dejaba sentir también en Sicilia y en la Magna Grecia. En Sicilia había acabado ya la brillante dominación de Agátocles, y por donde quiera se alzaban tiranos. Hicetas en Siracusa, Fintias en Agrigento, Tindarión en Tauromenio, Heráclides en Leontini, etc. Al Oeste se fortalecía Cartago; al Norte los mercenarios de Agátocles se apoderaban de Mesina por traición y pasaban á cuchillo á sus habitantes, si bien perdonando á las mujeres, y desde allí extendían sus correrías á toda la isla hasta Gela, hasta Camarino, que entraban á saco. Al Norte del estrecho, Regio, tan duramente tratada por Dionisio el Antiguo; Locres, arruinada por su hijo; Metaponto, casi destruída por Cleónimo y Agátocles; Turio, que había reemplazado á Síbaris sin encontrar su poder; Crotona, tomada tres veces por Agátocles y por Dionisio, todas ellas cercadas por los lucanios y los brucios, vivían miserablemente en medio de continuas inquietudes. Tarento era una excepción; pero aquellos dorios, que eran ya los más ricos comerciantes de Italia, habían caído en una disolución de costumbres que los hacía incapaces de sostener una lucha seria; sin embargo, tenían el orgullo que da la riqueza, y se indignaban de oír resonar en toda Italia el nombre de aquellos bárbaros de las orillas del Tíber, tan incapaces de ejecutar una obra de arte como de ordenar un festín.

El senado había añadido á la guarnición romana de Turio una escuadra de diez galeras para cruzar el golfo.

Un día que el pueblo tarentino estaba reunido en el teatro, en frente de la mar, aparecieron las naos romanas á la entrada del puerto. Un demagogo, Filócaris, exclama al verlas, que según los antiguos tratados, los romanos no tienen el derecho de pasar del cabo Lacinio. Los tarentinos entonces corren á sus naves, atacan las galeras romanas, echan á pique cuatro, apresan otra cuya tripulación pasan á cuchillo, y alentados con tan fácil triunfo quieren también echar de Turio á la guarnición romana, empezando por pillar la ciudad. Muy luego se presenta un embajador romano pidiendo reparación del atropello; pero es recibido con burlas y ultrajes, y hasta un bufón se atreve á manchar de fango la toga del embajador. «Reid, dice Pos-

(1) Diod., V, 40. Teopompo y Timeo decían mucho más... *familias nudas ministrare viris... communes mulieres*, etc. Athén. *Deipnosoph.*, VII, 14 y IV, 38.

(2) Platón no quiere más que 5,040 ciudadanos (*Leges*, V). Hay que exponer, dice, los hijos nacidos de padres pobres ó muy viejos, los hijos naturales ó deformes. No se debe sobrecargar á la república (*Rep.*, V). Aristóteles quiere que se fije el número de matrimonios y el de los hijos que ha de criar cada familia. Si la ley del país, dice, prohíbe exponer los hijos, hágase abortar á las mujeres (*Polít.*, VII, 14, 10). Quiere que el número de los ciudadanos sea tal que puedan todos conocerse (*Ibid.*, VII, 4). En otro lugar habla de los medios empleados por los cretenses para impedir el crecimiento de la población (*Polít.*, II, 7, 4).